



FILOSOFÍA

Maurice Blanchot: una necrológica

“Los escritores más puros —escribió a propósito de Mallarmé— no se hallan enteramente en sus obras, también han existido, incluso vivido: hay que resignarse”. Una necrológica de Maurice Blanchot estaría obligada, entonces, a recordar sus prevenciones contra lo biográfico, pero también a resignarse ante la ironía de que este pensador incansable de la muerte haya fallecido a la venerable edad de 95 años.

Para lo primero, Blanchot nos hereda suficientes frases en busca de su necrológica perfecta: casi inevitable citar el “travail de la mort qui prépare les êtres à la vérité de leur nom”, la “dérision de l’immortalité”, el “mourir comme par mégarde”, etcétera. Para lo segundo sólo disponemos de algunos datos elementales, mal cosidos en los periódicos del pasado 24 de febrero, los “deslices” de sus

propios libros y un par de volúmenes (de Roger Laporte y de Christophe Bident) que contribuyen al enigmático testimonio de una existencia hundida en el silencio de la escritura.

Blanchot, último monje de la filosofía francesa, vivía hace años en la *banlieu* parisina y sólo recibía a unos pocos iniciados en su particular idea de la amistad, juramentados para defender la intimidad de un escritor recluido desde los cuarenta años. Nadie pudo evitar que en 1985 un periodista le tomara algunas fotografías clandestinas en el *parking* de un supermercado, único caso conocido (sólo imaginable en Francia) de un *paparazzo* de la filosofía. Lo precario de esas imágenes, la silueta borrosa de alguien que huye de la publicidad para enterrarse en unos libros que hablan incansablemente del silencio, contribuye a darnos de Blanchot una visión tan remota como la que de Mallarmé tenían sus contemporáneos. En ambos casos, la leyenda comienza cuando suprimimos al hombre para dejar al autor.

Esa “leyenda Blanchot” es inseparable de un estilo que ha pasado a formar parte de las buenas costumbres de la filosofía francesa. Pensemos, por ejemplo, en su decisiva influencia sobre Barthes, Foucault, Deleuze o Derrida. Y nos sentimos tentados de afirmar, incluso, que un “efecto Blanchot” ha marcado la lengua culta de los franceses y su idea de la literatura, esa dialéctica rebajada a *vulgata* del liceísta, el *normalien* y los presentadores de televisión. Hasta pervertirse en el “blanchotismo”, la pandemia de quienes sólo pueden pensar la filosofía como una interrogación retórica sobre sí misma.

De manera demasiado previsible, en Blanchot la esencia es siempre una metáfora con doble sentido. Tal vez porque la paradoja le permite domar la certeza de que todo comentario ronda lo inútil. Véase, por ejemplo, ese apunte suyo a propósito de un rasgo que Kafka comparte con el Quijote:

Qué abundancia de explicaciones, qué locura de interpretaciones, qué furor de exégesis, sean éstas teológicas, filosóficas, sociológicas, políticas, autobiográficas, cuántas formas de análisis, alegórica, simbólica, estructural e incluso —todo ocurre— literal. Cuántas llaves: cada una de ellas sólo es utilizable por el que las ha forjado y sólo abre una puerta para cerrar otras. ¿A qué obedece ese delirio? ¿Por qué la lectura nunca se satisface con lo que lee y no deja de sustituirlo por otro texto, que a su vez provoca otro más?

Admiramos sus lecturas de Sade, Mallarmé, Kafka, Hölderlin o Char por el hecho paradójico de que Blanchot arroja oscuridad sobre esos escritores. Insiste una y otra vez en sus “zonas de sombra” hasta transformarlos en mártires y avatares de su propia idea de lo literario: esa “literatura que comienza en el momento en que se convierte en pregunta”. Es decir: en pregunta sobre ella misma. En la crítica literaria, Blanchot representa ese “giro copernicano” que se le atribuye a Kant en filosofía,

allí donde la *razón crítica* se convierte en “pregunta por las condiciones de posibilidad de la experiencia científica”. Basta con invertir el gesto de la Filología y colocar “literario” en el lugar de “científica”.

Otro rasgo kantiano: para Blanchot, el ejercicio superior de una facultad siempre se define cuando esta facultad toma por objeto su propio límite. La función superior de la palabra nacería entonces cuando la palabra se dirige a eso que sólo puede ser hablado. ¿Qué es aquello que sólo puede ser hablado? La muerte. ¿Y por qué algo que sólo puede ser hablado definiría el ejercicio superior de la palabra? Porque es también algo que no puede ser hablado, subentendido, desde el punto de vista del uso empírico. ¿Qué es lo que sólo puede ser hablado como ejercicio superior? El silencio. Así, en un juego versallesco de silogismos vertiginosos, el pensamiento sobre el “objeto literario” se contamina de angustia, de muerte y de silencio. Desde este punto de vista, el género preferido de Blanchot fue precisamente la necrológica, el vínculo inseparable entre vida, muerte y escritura.

Con él muere el último de los escritores sagrados, porque es sagrada su idea de un silencio inseparable de lo literario. Junto a Bataille, Blanchot hizo de la literatura el reducto de ciertas prácticas míticas que aconsejaba desterrar de la política, donde lo irracional suele trasmutarse en “un resurgimiento bastardo de ciertas formas de lo sagrado”. En un ensayo suyo sobre Beckett leemos que el arte arrastra siempre su propio fracaso, el proceso por el que el artista se transforma en Don Nadie: víctima propiciatoria, ente hueco, caja de resonancia. Y en otro de sus ensayos más conocidos, “Sobre la angustia en el lenguaje”, se repiten constantemente palabras como “sacrificio”, “derroche”, “inmolación”. Ese fermento mítico explicaría, tal vez, su visión agónica y sombría del hecho literario.

Ligado al mundo del mito, el secreto del ritual. El pudor de Blanchot parece la última mutación de ese ocultamiento: tristeza a la defensiva, perpetua descon-

fianza del “destino que mancha de vanidad todo lo que concierne al acto de escribir”. Sin embargo, su rechazo a crearse “una imagen de escritor” también ha sido interpretado como un acto de contrición, la otra cara del periodismo ultraderechista al que se consagró entre 1931 y 1938. (El estupor que provoca revisar hoy esas colaboraciones en *La Revue française, Réaction, Journal des débats, Le Rempar, l'Insurgé...* y comprobar que Blanchot –¡Blanchot!– cayó en todos los tópicos de Vichy: monarquismo, antiparlamentarismo, antisemitismo... Pareciera que en todo el siglo XX no hay filósofo a salvo de la “misère de la pensée”.)

El escándalo estalló en 1982, con la publicación en *Tel Quel* de un artículo de Jeffrey Mehlman que denunciaba el antisemitismo juvenil del escritor. A pesar de que en los sesenta Blanchot elevó el judaísmo a la categoría de indecible filosófico y volvió una y otra vez sobre las implicaciones terribles del Holocausto, hay muchos que nunca le perdonaron esas primeras páginas. Entre ellos Phillipe Sollers, que en su *Année du tigre* (Seuil, 1999) coloca a nuestro protagonista en medio de un párrafo vitriólico... ¡nada menos que junto a Mitterrand!:

Habría todo un libro por escribir: los Misterios de la Rue Saint Benoit [donde Blanchot comía con la Duras]. Personajes: Duras, Antelme, Mascolo, Blanchot, Claude Roy, Semprún, Mitterrand, y la lista podría alargarse. Telón de fondo: el maurrassianismo, Vichy, los campos de concentración, el partido estalinista francés, la izquierda, el socialismo, el humanismo, el medio literario, etc. Duras sería la pitonisa local, Blanchot el sumo sacerdote, Mitterrand su pirámide asociada.

Después de la Segunda Guerra, Blanchot abjuró de su nacionalismo revolucionario, pero no del anticapitalismo. Se alineó con la Jeune France y con la Resistencia. Estuvo en la órbita del PCF. Su último relato, *L'instant de ma mort* (1994), parece construido alrededor de

una experiencia autobiográfica, cuando en 1944, en Quain, estuvo a punto de ser fusilado por los alemanes. Fue anti-gaullista feroz y uno de los redactores de la *Declaración del derecho a la insumisión en la Guerra de Argelia*, más conocida como *Manifiesto de los 121*. En 1968 animó el comité de acción de la revuelta estudiantil, a la que dedicó páginas fervorosas. Encarnó, junto con Bataille, el paradójico “comunismo” expuesto en *La comunidad inconfesable*, cuyo núcleo es la idea de una “comunidad en peligro”, asomada a la inminencia de la muerte.

Al reflexionar sobre los lazos sociales, Blanchot calca el gesto crítico de *El espacio literario*: así como el silencio radical de un texto desmiente cualquier pretensión de autoridad y positividad literaria, la sociedades manifiestan un margen de sombra inaccesible a la polilogía. Tanto el vínculo comunitario como la escritura están marcados por una problemática necesidad de completud, por un ser que “no busca ser reconocido, sino impugnado”.

Sin embargo, la insuficiencia del acto literario o comunitario, sus respectivas zonas de silencio, no pueden ser “resueltas” con un simple intento de redondear ese espacio en blanco: “La insuficiencia no se concluye a partir de un modelo de suficiencia. No busca lo que le pondría fin, sino más bien el exceso de una carencia que se profundiza a medida que se colma”. Parafraseando la paradoja de Bataille, Blanchot nos dice que la verdadera comunidad se estructura ante la muerte, que es imposibilidad de comunidad.

Esta original teoría comunitaria tiene, sin embargo, una fecha de caducidad: 1968. Las páginas “políticas” de Blanchot –incluso su admirable alegato *Les intellectuels en question*– nos parecen hoy páginas de otro siglo, de otra era. La comunidad que viene, nos dice Giorgio Agamben, no está mediada por condiciones de pertenencia (una nacionalidad, una filiación política) ni por la sublime necrofilia de un puñado de literatos en busca de consagraciones rituales. El pensamiento (le) es indiferente. La política de Blanchot, como la

agricultura de Bouvard y Pécuchet, tiene un toque ambicioso de diletantismo surrealista. Lo cual tampoco impide que, dentro de algunos lustros, unos apocados oficinistas repasen con fervor las páginas de este filósofo solitario, nacido el 22 de septiembre de 1907 en el seno de una familia católica de Borgoña. —

— ERNESTO HERNÁNDEZ BUSTO

GUERRA Y TERRORISMO

El fin de la inocencia

Alerta naranja. En las inmediaciones de la ciudad el ejército despliega baterías de misiles *tierra aire*. Los controles en los aeropuertos se intensifican. El gobierno dice tener información confiable de que un ataque importante se avecina. Se señala el fin de la *bajj*, el periodo anual de peregrinación a la Meca, como el evento detonador de las hipotéticas agresiones. El *Washington Post* publica una serie de medidas que debe tomar la población en caso de un ataque biológico o radiactivo: designar un “cuarto seguro”, comprar los materiales necesarios para sellarlo, acumular provisiones, diseñar una estrategia de comunicación permanente entre todos los miembros de la familia. Se establecen rutas de evacuación. El agua embotellada desaparece de los estantes de las tiendas de autoservicio. La gente se pelea por los últimos rollos de *duct tape* en las ferreterías. En las escuelas, los niños practican con sus maestras los planes de contingencia y acumulan cajas de *power bars* por si tienen que quedarse encerrados durante algunos días. Los expertos discuten en pantalla sobre la relativa resistencia a la radiación de diferentes materiales y si el polvito de las armas químicas se va a acumular más rápido sobre los techos de las casas o sobre el piso. Los más previsores ya cuentan con máscaras antigás y trajes de cuerpo entero contra agentes biológicos y químicos. Al mismo tiempo, y sin temor alguno a dar la impresión de que se contradicen, las autoridades instan a

la población a conservar la calma, a hacer su vida normal, a mantenerse alerta.

Bienvenidos a la vida cotidiana en *los tiempos del terrorismo*, un estado de cosas que hace apenas un par de años nadie habría considerado posible. Menos realidad concreta que un conjunto intangible de expectativas, es una situación que existe a fin de cuentas en términos casi puramente mediáticos. Quien se abstenga por completo de ver la televisión, leer los periódicos, conectarse a internet y platicar con sus semejantes, encontrará muy pocos signos concretos de que algo fundamental haya cambiado. El enemigo es etéreo, la amenaza de su violencia es resultado de una acumulación de conjeturas que nos llegan, con mayor o menor intensidad, a través de una serie de fuentes que resultaría ingenuo consi-



Ilustración: LETRAS LIBRES / Eneko

derar neutrales. De hecho, lo más sencillo sería descartar todo el asunto como un mero operativo de manipulación política (que también lo es, sin duda), pero, como ya nos tocó presenciar lo inconcebible, no resulta fácil convencernos a nosotros mismos de que no nos encontramos en la línea de fuego.

Eso es, en última instancia, el terror.

No el impacto concreto de una agresión en sí, sino la angustia continua, latente, de que algo pueda suceder en cualquier momento. Quien no tome en cuenta el impacto de esta nueva realidad sobre la sociedad estadounidense no podrá entender nunca lo que está pasando en el mundo. Cualquier nación que se siente agredida y que se descubre súbitamente vulnerable va a echar mano de todos los recursos a su alcance para recuperar la sensación de la seguridad perdida. Ya entrados en gastos, que se pretenda aprovechar el viaje para conseguir algunos otros objetivos económicos o estratégicos era de esperarse. Lo que distingue este caso de casi cualquier otro, incluidas anteriores aventuras militares del propio país, es que los recursos al alcance de Estados Unidos en

este momento son descomunales. Su superioridad relativa en términos militares, económicos y políticos es acaso inédita. Bajo tales circunstancias, no debería sorprendernos que la idea prevaleciente entre sus elites gobernantes, sobre la mejor manera de garantizar su tranquilidad y prosperidad en el largo plazo, no necesariamente coincida con la del resto del mundo. Ni que dicha visión cuente con un margen muy amplio de apoyo interno, sobre todo entre la clase política, independientemente de su filiación partidista.

Los hechos del 11 de septiembre y sus secuelas parecerían haber creado las condiciones para que Estados Unidos se decidiera a asumir plenamente los atributos de su nueva posición imperial. La famosa *guerra contra el terrorismo* se presenta en este contexto como una especie de bautizo de fuego. El relato de cómo la incierta lucha virtual contra el escurridizo Bin Laden se transmutó en una guerra convencional, y a la segura, contra el broncíneo Saddam Hussein pasará a la historia como uno de los grandes malabarismos propagandísticos de todos los tiempos. No deja de ser paradójico, sin embargo,

que la respuesta del paladín de la globalización, frente a un enemigo plenamente globalizado, consista en rescatar del olvido cierto concepto de soberanías nacionales, aunque sólo sea para demostrar a los ojos del mundo su plena disposición a imponerse sobre ellas. Ante la imposibilidad de pepear a un enemigo inasible, Estados Unidos recurre al anticuado expediente de ocupar entidades territoriales. Que esto vaya a devolver la tranquilidad perdida a los hogares estadounidenses (y mundos aledaños) está por verse. A simple vista, parece una aventura arriesgada. Por otro lado, tampoco puede asegurarse que no lo vaya a conseguir. Las guerras siempre son injustas y horrendas, pero sus efectos de largo plazo son impredecibles. Todos quisiéramos que las cosas se resolvieran de una manera más civilizada, pero lo habitual a lo largo de la historia es que se resuelvan por medio de la violencia. Estados Unidos no es la primera potencia a la que se le ocurre que la solución de sus problemas pasa por aplastar militarmente a sus enemigos.

Lo que resulta indiscutible es que los últimos acontecimientos están modificando de manera significativa la idea que tienen la mayoría de los estadounidenses sobre sí mismos. Mientras el resto del mundo aprende a lidiar con los caprichos de la nueva potencia unipolar, la población local trata de acostumbrarse a las peculiaridades que implica ser sus ciudadanos. Los ataques del 11 de septiembre los enfrentaron con la medida precisa del odio de sus peores enemigos. También los obligaron a reconocer la vulnerabilidad de su sociedad abierta. A partir de entonces, las relaciones con el resto del mundo han ido cuesta abajo. De pronto se descubren en el centro de un huracán global de rencillas y rencores, del que mucha gente los responsabiliza y para el que todos les exigen soluciones. La idea, hasta hace poco arraigada, de que su posición tradicional en los asuntos del mundo ha sido mayormente benefactora y justiciera se encuentra en franca bancarota. La maquinaria de propaganda nacionalista trabaja a marchas

forzadas frente a un público cada vez más escéptico. Hasta ahora, la principal carta en la mano del gobierno ha sido el miedo. La gente está cansada de la incertidumbre. Quiere que algo definitorio suceda. Que la situación actual llegue a su fin cuanto antes, como sea, para poder volver a concentrarse en las cosas que realmente importan: sus coches, sus hipotecas, sus iglesias, los chismes de sus artistas, sus series de televisión, las ofertas, los deportes, la música pop, el cine. En buena medida, la urgencia de que su ejército se resuelva a aplacar al mundo es para poder seguir ignorándolo cómodamente. Y eso es, en el fondo, lo que sus políticos les están prometiendo.

No parece que esto vaya a ser posible, al menos en el corto plazo. Aun suponiendo un desenlace feliz y favorable a sus aventuras en el Medio Oriente, queda una larga lista de hostilidades pendientes, en lugares tan distintos como Colombia, Filipinas, África y Corea del Norte. Es de suponer que la intensificación de sus actividades como gendarme planetario habrán de generar nuevos resentimientos, que a su vez conduzcan a renovadas intervenciones. Una vez metidos a dar de palos por el mundo, no se ve cómo vayan a poder dejar de hacerlo. Estados Unidos pasaría de ser el imperio relativamente *light* que ha sido hasta ahora a convertirse en el imperio *hard core* que ya comienza a insinuarse. Sobre todo porque la única alternativa a dicho desenlace sería el fortalecimiento de una renovada estructura de instituciones y mecanismos internacionales que el propio crecimiento de su poderío vuelve cada vez menos viable. Es difícil prever cómo se va a traducir esta nueva realidad en una cultura que ha mostrado siempre una frescura y una desfachatez casi infantiles, sustentada en una visión de sí misma como una fuerza optimista y liberadora. La tarea de proveer al mundo de fantasías hedonistas y chabacanas no se antoja compatible, en el largo plazo, con la de andar administrando bombazos *inteligentes*, tan proclives a la desafortunada multiplicación de *daños colaterales*. —

— HÉCTOR TOLEDANO

LITERATURA

JEP: De la conciencia considerada como una de las bellas artes

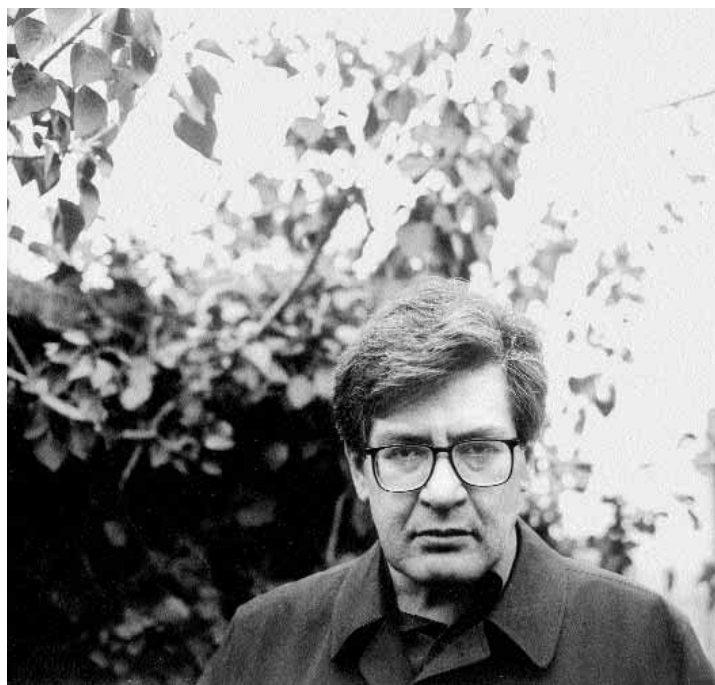
La concesión del Premio Octavio Paz de Poesía y Ensayo 2003 a José Emilio Pacheco no sólo representa un reconocimiento para la poesía y las letras mexicanas —el autor de *Tarde o temprano* (2000) es el primer escritor nacional que lo recibe luego de Juan Goytisolo (2002), Blanca Varela (2001), Tomás Segovia (2000), Haroldo de Campos (1999) y Gonzalo Rojas (1998)—, sino que expresa un signo de admiración “a su trayectoria intelectual, a su afán de establecer puentes entre diversas tradiciones y a la excelencia de su obra, que recorre todos los géneros literarios y es una contribución valiosa a la cultura de nuestro tiempo”, según manifestó en su acta el jurado, compuesto por José Luis Martínez, José Durand, Anthony Stanton, José Luis Rivas y Tedi López Mills.

Junto con Tomás Segovia, José Emilio Pacheco es, entre los autores hasta ahora premiados, un escritor plural como el propio Octavio Paz, plural y diverso artífice en varios géneros. Pacheco encarna ejemplarmente entre nosotros a esa especie acaso en extinción que es la del hombre de letras, la del virtuoso polígrafo que cultiva el poema, trama novelas y cuentos, elabora traducciones, practica la crónica y el ensayo, investiga y hace historia, sin nunca perder la tensión lírica y un agudo sentido de la responsabilidad civil, que infunde a su obra toda, y en particular a su poesía, un filo crítico y autocrítico que lo hace entrañable y le abre las puertas de la gratitud al dar voz a lo(s) que no la tiene(n). Lector devoto e infatigable, Pacheco es también un crítico literario notable, y un editor y traductor que ha sabido reconstruir *La ciudad de la memoria* —como tituló la antología bilingüe de su obra publicada por la editorial usamericana City Lights—, a través de lecciones como la imprescindible *Antología del modernismo*, la ejemplar edición y traducción del *De profundis* de

Oscar Wilde, la edición y estudio de *El cerco de Numancia* de Miguel de Cervantes, la asombrosa traducción de *Cómo es* de Samuel Beckett o la pulida y repulida versión de *Los cuatro cuartetos* de T.S. Eliot. Las ciudades de la memoria salvadas por José Emilio Pacheco como cronista e historiador se descubren en las miles de páginas no recogidas en libro de la legendaria sección *Inventario* publicada semanalmente en la revista mexicana *Proceso*, que constituyen una obra monumental por entregas que incluye desde crónicas, ensayos y artículos hasta traducciones, poemas, narraciones, diálogos, viñetas, cuentos breves, minificciones, incluso fragmentos de obras de teatro.

En la sección *Inventario*, la literatura y la vida literaria, la letra y su sombra, vuelven a tener un mismo cuerpo a través de la crónica infatigable pero exacta de un autor que registra obituarios y obsequias, reseña libros, describe atmósferas, transita de las letras a la historia, de la experiencia a la reflexión, invitando a la lectura del aquí (digamos las obras de Ignacio Manuel Altamirano, Alfonso Reyes, Julio Torri, Martín Luis Guzmán o del propio Paz) a través del registro y la memoria de escritores como Flaubert, los hermanos Gouncourt, Luis Cernuda, Edmund Wilson y Cyril Connolly.

Como narrador, novelista y cuentista, Pacheco tiene por así decir varias biografías: es el autor de una de las novelas experimentales más audaces entre las escritas por sus coetáneos: como *Farabeuf* de Salvador Elizondo o *La muerte de Artemio Cruz* de Carlos Fuentes, *Morirás lejos* marca un hito en la búsqueda, hallazgo e innovación de nuevas formas narrativas, de nuevos híbridos para la fábula. Practica el cuento gótico en *El principio del placer* y reinventa la novela como una topografía del recuerdo en *Las batallas en el desierto*, obra



José Emilio Pacheco.

Foto: Rogelio Cuellar

que por cierto ha sabido reescribir con inquietante y plástica exactitud.

Viene luego, pero en primer lugar, la figura de José Emilio Pacheco como poeta, testigo solitario y contemplador solidario, capaz de expresar con felicidad expresiva la tragedia y la infelicidad indecibles. Aquí cabe recordar que no es éste el primer premio importante que recibe Pacheco en el orbe hispanoamericano: fue distinguido con el primer y único Premio José Asunción Silva al mejor libro de poemas publicado en lengua española entre 1990 y 1995 por el libro *El silencio de la luna*, y en Chile recibió el Premio José Donoso que concede la Universidad de Talca, y que es un galardón comparable sólo con el Premio Juan Rulfo otorgado por la Feria Internacional del Libro de la jalisciense Guadalajara. La obra poética de José Emilio Pacheco se encuentra reunida en la suma titulada *Tarde o temprano*, que en su edición del año 2000 recoge casi medio siglo de escritura poética y deja constancia del feliz asedio con que José Emilio Pacheco acompaña su ejercicio; el lector que compare las ediciones de 1980 y 1986 de este libro no sólo comprobará cuánto aumentó el poeta su caudal de versos año por

año, sino que habrá de constatar cómo el poeta mexicano decanta y reescribe infatigablemente, haciendo de su palabra singular el espacio de una búsqueda incesante de perfección. La tensa conciencia artística de José Emilio Pacheco —nunca exenta de sentido del humor— lo sitúa más cerca de los clásicos que de los comerciales. Tal tensión viene de la convergencia y del juego entre conciencia ética y conciencia estética. Como Octavio Paz, Pacheco corrige porque está vivo; como Borges, pule su palabra polígrafa a través de los géneros, ávido de

una verdad artística que sabe inscribir en el canto de sus diversas voces.

La concesión del Premio Octavio Paz a José Emilio Pacheco participa de cierta ineluctable armonía poética: de la misma manera que el joven Octavio Paz fue amigo de Xavier Villaurrutia y éste lo fue de Ramón López Velarde, de igual modo Pacheco fue, desde sus primeros años, lector devoto y acucioso de Octavio Paz, según lo muestran los ejercicios de admiración que José Emilio Pacheco le dedica a *Las peras del olmo* y a *La estación violenta*, publicados en la revista *Estaciones* a fines de los años cincuenta, cuando hacía sus primeras armas, para no hablar de su luminoso ensayo (1971) escrito sobre *Piedra de sol*, y como más allá dejan ver las diversas menciones que de José Emilio Pacheco hace Octavio Paz a lo largo de su obra, y que se encuentran consignadas principalmente en los tomos 4 y 14 de sus *Obras completas*.

La coincidencia de la conciencia moral, y de la conciencia estética, presta a la palabra poética de José Emilio Pacheco una tensión originaria. En él la invención formal nunca se da en el vacío de una experimentación aséptica, sino que corre al filo de una reforma del

entendimiento moral, de un intento de restituir el sentido de lo que pasa, como si el sentido —en la acepción moral y léxica— sólo pudiese encontrarse en la búsqueda compasiva de una justicia de la expresión. De ahí quizá esa connotación teológica del título *Tarde o temprano* que suscita, en el tímpano de la asociación literaria, la idea ineluctable del Juicio Final al que nada le es ajeno, juicio ético y estético que es a la par *humano y humanista*. “Yo soy la humanidad y por mí pasa todo”, dice José Emilio Pacheco por interposición apócrifo en uno de sus poemas tempranos. Por el cuerpo concentrado y aéreo de la poesía de José Emilio Pacheco pasa a la vez “la zarza de los días” y la historia de la cultura, y en particular de la poesía, el autorretrato de una conciencia que sabe hacer de la expresión de su dolor lugar hospitalario: hogar; el retrato minucioso de una sociedad y de un clima cultural en la consignación de sus anticlímax, en la conmemoración del fracaso contrapunteada en ironía y parodia, en el dibujo humorístico y valiente de los malos sentimientos. La lealtad a esa doble conciencia, ética y estética, le permite a Pacheco ser grave y humorístico, valiente y a la vez benévolo, hacer la crítica del lenguaje público al tiempo que va creando, en el zigzag de la traducción y la confesión, la introspección atrevida y la exactitud satírica, el rigor sin perder de vista la generosidad, fraguando siempre un idioma a la par propio y universal, inconfundible pero siempre traductible, armónico y maleable.

Herederos de Borges y de Paz, de Amado Nervo y de Enrique González Martínez, de Antonio Machado y de la corona y la lira de la *Antología griega*, José Emilio Pacheco ha sabido hacer de la lectura y de la escritura ejercicios de impecable hospitalidad espiritual, renovando los palacios encantados del idioma y haciendo de la voz y la palabra el espacio por excelencia del recuerdo individual y comunitario.

Bienvenida sea la concesión del Premio Octavio Paz 2003 a José Emilio Pacheco, pues nos permite recordar que, más allá del viento y la marea,

hemos tenido la fortuna de conocer en sus letras a uno de los testigos más nobles de nuestra edad. —

— ADOLFO CASTAÑÓN

GLOBALIZACIÓN

De la comunicación como precedente global de la economía

Es frecuente que, al referirse a la llamada globalización como realidad distintiva de nuestro tiempo, se anteponga el significado de la misma como el mercado general de la economía, el de las poderosas empresas industriales, comerciales y financieras. No siempre se valora o destaca su precedente natural y vanguardista, el de la globalización de la comunicación, siendo tan sensible y visible. Pareciera olvidarse no sólo su comienzo histórico, por los atributos naturales que la caracterizan, sino por el asombroso desarrollo de sus tecnologías a escala planetaria —de lo instantáneo a lo simultáneo— y la influencia de sus medios en la estructura de la sociedad contemporánea, con todos sus componentes. Pero es que, además, la globalización de las comunicaciones forma parte y encabeza ese territorio mayoritario de la nueva economía que es el de los servicios. Un territorio en el que comparte, a menudo, las fragilidades y las especulaciones súbitas que lo gobiernan, propias de los bienes intangibles. A fin de cuentas, vale recordar que la primera profecía de la aldea global se dio desde la perspectiva concreta de la comunicación.

Evidentemente, los vínculos que de forma tan estrecha unen la globalización de la comunicación y la globalización conjunta de la economía tienen que ver con un sentido acentuado —y creciente— de la pragmática tecnológica y social en un mundo sin fronteras, achicado humana y culturalmente. La universalización de la comunicación, inseparable de la globalización de la economía, ha sido factor decisivo en el derrumbe ideológico del comunismo.

Se trata de un pragmatismo que ha obligado a entender que toda promesa de futuro está condicionada, no sujeta a gratificaciones utópicas, por más que el presente esté dominado por las leyes movilizadas de la velocidad y el cambio, entre lo inmediato y lo imprevisible. La realidad impuesta por el cultivo recíproco de ambas globalizaciones es la que, en cierto modo, ha erigido al consumidor en principal protagonista cautivo, bajo el emblema de la etiqueta y de la antena parabólica, con un objetivo inocultable y en proceso muy avanzado: el de convertir el mercado en ideología suprema y reinado absoluto del consumismo. Sería el tránsito del Estado monopólico o mixto a un Estado más monopólico y centralista en alas de los privilegios globalizadores.

Si acotamos todo lo que esto representa en el territorio específico de la globalización de las comunicaciones, encontraremos, en lo general, la importancia creciente y concentradora de sus medios, abandonada de hecho la teoría objetiva de la información por el subjetivismo de la comunicación, con el influjo consiguiente de los medios sobre la sociedad y de los anunciantes sobre los medios. Sincronía de intereses y dominios. Este marco de referencia se ejemplifica, inevitablemente, con la situación particular que se deriva de la hegemonía del imperio estadounidense. Concentrada en los sectores vitales de la comunicación, Estados Unidos absorbe hoy no sólo más del 55 por ciento de la publicidad que se produce en el mundo, sino otro tanto de la información periodística y de las imágenes televisivas. Controla, a ritmo ascendente, alrededor del 75 por ciento de las redes de internet, las cuales han iniciado ya su aplicación en los programas educativos del propio país, perfilándose paralelamente como el medio publicitario más poderoso del futuro. En unos cuantos años, más del 85 por ciento del mercado mundial de las telecomunicaciones estará en manos de nueve consorcios internacionales que vienen construyéndose por compras, fusiones o integraciones, con una indiscutible hegemonía cuantitativa y cuali-

tativa de los consorcios estadounidenses. En cuanto a México concierne, las agencias de publicidad de origen y participación estadounidense se han adueñado de las tres cuartas partes de un mercado en el que un solo medio, el de la televisión, recibe alrededor del 80 por ciento de las inversiones totales.

La acción conjunta o separada de los conglomerados industriales y financieros, y los de las telecomunicaciones, con la revolución digital y sus extensiones, alterará indudablemente las actuales reglas del mercado económico, al poder imponerse de uno y otro lado, al amparo de sus privilegios, sistemas comunes y convencionales de fórmulas operativas de carácter cada día más obligado y forzoso. Podría acontecer, según se ha anticipado, que las magnas cadenas de supermercados ya no se limiten, como ahora sucede, por ejemplo, a decretar a sus proveedores tiempos de pagos y descuentos, incluyendo la producción y promoción de marcas propias en competencia inética con las de ellos, verdaderos financieros de la operación distribuidora. En este terreno de hipótesis, se habla de que las macrocadenas internacionales de producción y distribución podrían negociar, directa y adi-

cionalmente, acuerdos mancomunados, de unos a otros países o continentes, para fijar índices normativos de precios y contrataciones en compras y ventas, y también en el orden general de las preferencias de consumo. Por otra parte, se especula que estos sectores monopólicos podrían implantar módulos de contratación y tarifas de telefonías y medios electrónicos, con todos sus anexos: el mundo sujeto a los dictados globales de la comunicación y la mercadotecnia. El empuje de tal tendencia puede advertirse actualmente en el control de otros medios, como las cintas cinematográficas y los espectáculos deportivos, convertidos en inductores subliminales de consumo en complicidad, secreta o abierta, con anunciantes que promueven el uso etiquetado del entretenimiento. O sea, el contenido de éste y sus actores, como agentes directos de la publicidad. Una invasión, actualmente notoria, que podría llegar a la comercialización total: los buenos días y el saludo cotidiano, incorporados a la tutela del crédito publicitario. Una moderna Torre de Babel, inundada de marcas sobrepuestas a nombres de mujeres y hombres, de jugadores y actores, entre la confusión y la anarquía. Lo que hay de

exceso en semejante abuso, entre la saturación y el cansancio humano, constituye una amenaza latente de rechazo público, iniciado en algunos países.

El desarrollo tecnológico y la concentración de las comunicaciones, dado el enorme espacio que hoy ocupan, con su masiva influencia sobre el comportamiento humano, han hecho de ellas una especie de instrumento adicional de disuasión, por si no bastara el más irremediable y mortífero de la bomba atómica. Combinadas las dos globalizaciones, libres ahora de la amenaza del comunismo, ¿a dónde pueden llevarnos? ¿Podiera ser el de una explosiva crisis final del sistema capitalista? No faltan voces autorizadas que han anunciado que el mayor peligro del capitalismo es el propio capitalismo. Si la globalización incrementa, en vez de corregir, la incompatibilidad de un mundo en el que tres cuartas partes viven en la pobreza y un 20 por ciento es dueño de todos los recursos, una catástrofe será inevitable. Quedará en un doloroso mito la esperanza de una sociedad del bienestar, como producto ideal del progreso de todas las tecnologías y el uso real y equitativo de la riqueza acumulada. Se habrá cancelado entonces la promesa de una sociedad con menos horas de empleo y un mayor número de empleos. —

— EULALIO FERRER RODRÍGUEZ

FE DE ERRATAS

Gazapo diafragmático

En nuestro número anterior, el 51, por un descuido atribuimos a Danubio Torres Fierro, en su revelador texto sobre el Brasil actual —“O meu Brasil brasileiro”, pp. 92-95—, haber calificado de “hipido” un libro del que piensa cosa bien distinta. Originalmente escribió: “... Estas tesis son de Louis Hartz y constan en un libro *lúcido*: *The Founding of New Societies* (1964).” Algo va de tener hipo a tener lucidez. Pedimos disculpas al amigo colaborador y a los lectores amigos. —

— LA REDACCIÓN

